

FACULTADES DE MEDICINA I DE CIENCIAS FÍSICAS I MATEMÁTICAS.

CIRUJIA.—*Descripcion de tres casos observados por el Licenciado D. P. HELIODORO FONTECILLA en el Hospital de San Juan de Dios.*

Al presentarme por primera vez en esta reunion, a la par que científica entusiasta por el adelanto de las ciencias naturales, no tengo la necia presuncion de ofrecerle un trabajo sobre nuevas enfermedades, i ménos aun bellas teorías, cosa propia de talentós superiores al mio; pero al ménos haré un pequeño bosquejo de tres casos de enfermedades quirúrjicas, quizás las únicas que en su jénero se han presentado a la observacion de los médicos en Chile, i que dos de ellos tuvieron un feliz resultado.

El que aun no ha terminado es el de Hipólito Figueroa, de edad de 22 años, temperamento linfático, estatura regular: entró al hospital de San Juan Dios sala del Cármen, cama núm. 211 el dia 23 de julio de 1846 con una herida contusa en el lado izquierdo del cráneo, de dos i media pulgadas de lonjitud, su profundidad hasta el hueso; dicha herida fué el resultado de una caída de a caballo; estaba enteramente aturrido, pero debía creerse que apesar de un golpe tan fuerte no existiria en el cerebro sino una mera conmocion, pues no se observaba sintoma alguno característico que indicase un derrame en dicho órgano, como parálisis etc. Apesar de un estado tal no parecia el sujeto capaz de resistir un plan antiflojístico activo como el caso lo requería, i solo se le aplicaron fuertes revulsivos esternos; sin embargo de una actividad extraordinaria en la aplicacion de los medicamentos adecuados en tales circunstancias, no se logró volverlo al uso de su razon hasta pasado el sexto dia de su entrada. La herida aun que no de grande estension, las partes circunvecinas se hallaban en

tal estado de magullamiento, que no tardó mas de quince dias en apoderarse de ellas, la gangrena: esta cundió con tanta rapidez, que en ocho dias dejó del todo desnudo el parietal del lado contuso, i parte de los huesos inmediatos, produciendo continuas hemorrájas que debilitaron en extremo al enfermo. Entónces fué posible observar los estragos que el golpe habia producido, no solo en los tegumentos, sino tambien en los huesos mismos; el parietal entero estaba desarticulado, i mas algunos pedazos del temporal quebrados. Poco despues estando el practicante de la sala haciendo la Curacion de la herida, observó que los huesos estaban mas movibles que los dias anteriores, i entónces llamó a los facultativos del establecimiento que se encontraban allí, los que viendo la imposibilidad de afianzar los huesos ya dislocados sin un peligro inminente, resolvieron hacer la extraccion de ellos; empresa árdua sin duda, porque ¿cómo privar a un órgano centro de la sensibilidad, i de una estructura tan delicada, de su cubierta natural, sin que sufriese un desórden estraordinario en sus funciones? pero todo fué preciso vencerlo, en vista de que el hueso iba participando del estado gangrenoso del tegumento; en efecto se hizo la extraccion con un éxito inesperado, pues no se notó el menor desórden cerebral: en este estado se vió el cerebro solamente cubierto con su membrana propia (la dura mater) pudiendo observar con precisión los movimientos oscilatorios de esta entraña: desde ese momento me llamó mas la atencion este caso, pues era el primero que se presentaba a mi observacion. Aplicacion del cloruro de cal en las partes gangrenosas, i curacion simple en lo restante, fué el único plan indicado, i esto solo habria sido suficiente para que estuviese ya sano, ayudado de un método hijiénico conveniente; pero el temperamento linfático, como he dicho, predominante en este individuo, acompañado de una vida desordenada, no tan solo por el ejercicio corporal excesivo, cuanto por el licor, que produce un estado de excitacion jeneral, mucho mas en el cerebro, pernicioso en el estado de salud, i aun con mucha mas razon en él, por encontrarse este órgano casi desnudo i espuesto a la accion de todo agente destructor, pues todas estas causas reunidas hicieron aparecer de nuevo varias veces la gangrena que felizmente se logró cortar; mas hubo otra causa suficiente para haber producido la muerte instantáneamente de este individuo, i fué que un dia estando algo ébrio, al sacar agua de la pila del establecimiento, perdió el equilibrio i cayó con la cabeza hácia abajo; casualmente iba acompañado de otro que lo sacó al instante, sin haber sufrido mas que un corto aturdimiento; apesar de tantos obstáculos para su curacion el enfermo está mejor, i sus facultades intelectuales no han sufrido variacion; se puede esperar i no sin fundamento que con un método distinto de vida como el que en la actualidad le hacen observar, sanará pronto, pues ya la herida tiene solamente pulgada i media de diámetro.

El primero de un éxito favorable es el de Hermenejildo Riquelme, que entró al mismo establecimiento, i en la misma sala que el otro, cama núm. 18 el 13 de enero de 1847: este sujeto, de temperamento sanguíneo, bastante robusto, i de estatura regular, recibió una herida en el lado derecho del torax entre la sexta i séptima costilla verdadera, de dos pulgadas poco mas o ménos de longitud, mas su profundidad no era posible graduaria; en el instante el practicante de la sala trató de curarlo como en efecto lo hizo: era una herida simple sin pérdida de sustancia, ni rotura de vasos gruesos; así fué que se dispuso se hiciese la reunion inmediata por medio de la tela emplástica, se le pusieron los apósitos convenientes i hasta el tercer dia no se destapó la herida para curarla, la que se presentó de un carácter halagüeño; de este modo se observó por algunos dias mas, pero despues principió a variar de aspecto, de tal modo lo que hacia presajiar funestas consecuencias; pues la supuracion, a mas de ser abundante, exhalaba un olor casi característico de un estado gangrenoso: a los veinte i un dia, tratando de desahogar la parte de la excesiva supuracion, se observó en el

fondo de la herida un punto negro, que se creyó fuese un pedazo de costilla cariada, se introdujo un estilete para reconocerlo i se notaba que el sonido producido era semejante al de un cuerpo metálico, pero dejaba aun mucha sospecha; mas como este cuerpo estaba un poco movable, se resolvió introducir unas pinzas con el objeto de sacarlo: fué grande la sorpresa al ver salir de la herida toda la lámina del cuchillo con que lo hirieron; era de una pulgada i cuarto de ancho i cinco de largo, al sacarlo no hubo ni la mas pequeña hemorrája: desde entónces la herida siguió una marcha satisfactoria, i en pocos dias mas sanó enteramente.

Ahora se presenta una cuestion de importancia que resolver, i es: ¿si el médico debe en presencia de una herida de esta naturaleza examinarla por medio del estilete o no? soi por la negativa, pues creo positivamente que el cuchillo en el caso que nos ocupa, lejos de producir un mal éxito nos dió el resultado deseado, pues debió necesariamente cortar algunos vasos, aunque no de gran calibre, al ménos capaces de dar una hemorrája suficiente para estenuar al sujeto, pues creo que el cuchillo sirvió como una compresa a la boca de los vasos rotos, i esto impidió la hemorrája. La direccion en que salió el instrumento era horizontal al eje del cuerpo, por lo que me afirmo en creer que no solo rompió algunos vasos, sino el pulmon mismo; dicho cuchillo se encuentra en el ministerio de la guerra.

José Dolores Quintero, entró al hospital de San Juan de Dios, el dia 17 de mayo de 1848 en la sala de San Camilo, cama 109: este sujeto de edad de 26 años, de estatura alta, temperamento sanguíneo i bien constituido, recibió una herida en el brazo izquierdo hecha con instrumento cortante i punzante de tres pulgadas de estension i pasaba al otro lado; desgraciadamente el individuo estaba con el brazo doblado cuando lo hirieron i afirmado sobre el torax, circunstancia por la que el instrumento penetró en dicha cavidad por el espacio intercostal de la sesta i séptima costilla verdadera, rompiendo la pleura costal dando paso a una porcion del vértice del pulmon, cuya parte se encontraba tumefacta, dura i fria, pues hacia dos dias que se hallaba en este estado, segun declaracion de él mismo. Tan pronto como se le dió cama, uno de los profesores que se encontraba en el establecimiento, lo examinó i fué de opinion de dejarlo tranquilo, i no esponerlo a una operacion dolorosa, i en la que seguramente moriria; el mismo dia a la tarde lo vió el médico de turno, que era el doctor Raventos, i despues de un detenido exámen fué de la misma opinion: como a las ocho de la noche del mismo dia me encontré con dicho doctor, i me dijo deseaba ver algun modo de salvar a este sujeto; me indicó le acompañase al establecimiento, por ser yo el alumno interno de aquella sala; en efecto fuimos, i lo examinamos de nuevo con la mas prolija atencion; por último nos resolvimos a entrar el pedazo de pulmon herniado: dilatamos la herida lo necesario para dar paso a este, pero no fué suficiente, pues las costillas nos presentaban un obstáculo casi insuperable, por su poca elasticidad; en tal estado, nos vimos en la necesidad de hacer una operacion bárbara quizás. El doctor Raventos introdujo dos dedos en la herida tomando la costilla inferior, yo hice lo mismo i tomé la superior, de este modo logramos anchar la herida, con la otra mano empujamos poco a poco la parte de pulmon: despues de un cuarto de hora de continuos esfuerzos, conseguimos nuestro intento; el enfermo en ese instante presentó síntomas tan alarmantes de sofocacion que nos hizo desconfiar de un buen éxito, pero se le administraron bebidas cordiales i antiespasmódicas que lo tranquilizaron un poco; hice entónces la curacion, i me vi obligado a llenar la herida con pedazos de esponja e hilas, porque el pulmon trataba de salir; despues de esto hice la reunion inmediata por medio de la tela emplástica. fajé bien el torax, i quedó el enfermo algo mas tranquilo. Al dia siguiente nos sorprendió encontrarlo en buen estado; de este modo siguió por ocho dias, i entónces se presentó una supuracion de buena calidad; el pedazo de pulmon comenzó a res-

tablecer su función sin haber presentado jamás síntoma alguno de inflamación; así siguió la herida un curso tan favorable, que en el espacio de seis semanas estuvo enteramente sano, apesar de una diarrea que lo estenuó en extremo. La herida del brazo tuvo el mismo éxito, quedando este paralizado, por haberse cortado los músculos flexores i estensores.
